

Presidida por el general de los misioneros claretianos

OLIMPIADA DEPORTIVA CULTURAL

En el Colegio Claret de Tamaraceite



Ayer se inauguró la VIII Olimpiada del Colegio Claret de Las Palmas, que coincide con la celebración del primer centenario de la llegada de los misioneros. El general de los claretianos, padre Gustavo Alonso, presidió los actos deportivos celebrados con este motivo en la tarde de ayer en el colegio de Tamaraceite y declaró oficialmente inaugurada la olimpiada. A dichos actos asistieron, además de numeroso público, en su mayoría padres de alumnos, el presidente del Cabildo Insular, Fernando Giménez; el alcalde de la ciudad, Juan Rodríguez Doreste; el delegado provincial de Educación y el obispo de Guinea, que visita en estos días Las Palmas.

A las 16,30 partieron del colegio los alumnos encargados de transportar la antorcha desde Teror, lugar al que llegarán unos 45 minutos después y donde realizaron la ofrenda a la Virgen del Pino. En el trayecto de ida y vuelta a Teror

participaron unos 20 alumnos del colegio. El último relevo fue Carmelo Cabrera, antiguo jugador de baloncesto, quien fue el encargado de entrar al estadio del Claret con la antorcha traída desde Teror.

Previamente se había celebrado diversas exhibiciones de lucha canaria, judo y gimnasia rítmica por parte de los alumnos. Tras la llegada de la antorcha y el encendido del pebetero, se procedió al juramento del alumno más joven del colegio y a izar las banderas mientras sonaba el himno nacional.

Fernando Giménez pronunció entonces el pregón de la olimpiada, explicando de forma esquemática las características de ésta y resaltando su carácter encuentro, de comprensión y de amistad, por lo que las olimpiadas, señaló, pueden servir para fortalecer tanto el cuerpo como el espíritu. Fi-

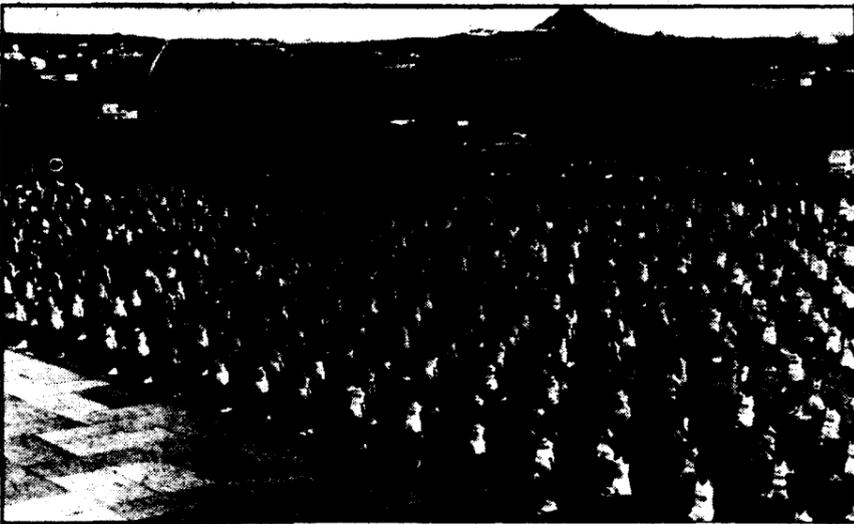


nalmente, hizo una profesión de fe en la juventud y en el deporte.

El padre Gustavo Alonso declaró entonces oficialmente inaugurada esta VIII Olimpiada, cuya preparación se ha venido realizando en los últimos meses, con eliminatorias previas celebradas durante los recreos. A lo largo de la próxima semana se celebrarán las distintas pruebas deportivas, que irán acompañadas de diversos actos culturales.

Algo menos de 3.000 alumnos participan en esta olimpiada, lo que supone la práctica totalidad de los alumnos con que cuenta el colegio.

T. R.
(Fotos TROYA)



NUEVA DELHI, 8. (Efe).—Cuando llega el mes de mayo la obsesión de los comerciantes indios es vender frío. «El frío es bueno», dicen las vallas publicitarias. Cinco meses de calor agobiante, que se inician ahora, se encargan de convencer al más recio.

Se llega a un aeropuerto indio en mayo, la bienvenida es calurosa: 40 grados a la sombra. Poco después, en el primer contacto con algún residente en el país, la bienvenida se confirmará: «Esto no es nada —dicen—; ya verás cuando haga calor».

No es extraño así que los residentes en India, nacionales o extranjeros, se dediquen en este tiempo a una frenética actividad.

Las vallas callejeras y los periódicos no anuncian otra cosa. Ventiladores, aparatos de aire acondicionado, neveras... Las oficinas turísticas de los Estados del Norte del país, vecinos del Himalaya, venden «aire fresco» y el Nepal asegura un clima confortable sin necesidad de aire acondicionado.

El calor pone «bajo mínimos» políticos a la capital del país: ministros y altos funcionarios aprovechan para viajar a otros países,

INDIA: SE VENDE FRIO

el Parlamento se vacía y los embajadores trasladan su residencia al Nepal o a Cachemira «donde corre el fresco».

Faltos de noticias la mayor parte de los corresponsales se instalan también a los pies del Himalaya

«Durante los próximos cuatro o cinco meses —dice un embajador occidental con 9 años de residencia en la India— aquí no pasa casi nada y lo que pasa queda aplastado por el calor que le impide levantar vuelo y difundirse».

«Hágame caso, amigo mío —insiste el embajador preparando las maletas—, lo mejor es irse a Cachemira».

Siguiendo la vieja tradición de la época colonial inglesa, el embajador, con sus colegas, altos funcionarios gubernamentales, ministros y los indios de elevada posición económica, se instalarán durante los próximos meses en una de las casas flotantes de los ríos de Cachemira, donde si no hay tra-

bajo tampoco hace calor.

Las ciudades, entretanto, especialmente Nueva Delhi, entran en una especie de letargo, polvoriento. Los que se quedan en ellas dedican los primeros días de mayo a comprar, alquilar, tomar prestado o cambiar artefactos contra el calor: ventiladores, aparatos de aire acondicionado, neveras y el «desert cooler», el refrigerador del desierto.

El refrigerador del desierto es un armatoste de aspecto antediluviano que dispone de una bomba que enfría agua, cuya evaporación es expedida hacia la habitación que se quiere enfriar. En resumen, el viejo sistema del hielo delante del ventilador de las películas de Bogart.

Claro que contra «este calor», el aparato no es suficiente, dicen los indios. Y así acumulan en una misma habitación el «desert cooler», un aparato de aire acondicionado y el característico ventilador de tres aspas en el techo.

«Se complementan unos a otros», explican mientras compran todavía una cosa más: grandes cortinas de cana para colocar en el exterior de la casa como parasoles.

Para comprar todos estos «defensores del calor» en la India no hay que moverse mucho: cuando la temporada se avecina una multitud de vendedores callejeros recorren las ciudades, casa por casa, ofreciendo aparatos de aire acondicionado, neveras, ventiladores y refrigeradores del desierto en alquiler, venta o trueque.

Entre vendedor y vendedor pasa también alguien que ofrece, de un depósito que arrastra con una bicicleta, un vaso de agua helada, «auténticamente helada, sir», por cinco pesetas.

De todas formas, bien pertrechados de aparatos y bebidas frías, lo mejor, dicen los indios, es estarse quieto. Así que de mayo a septiembre, de 10 de la mañana a 6 de la tarde, nadie se mueve en la ciudad si no es para encontrar un buen árbol donde arrimarse para que una buena sombra le cobije «cuando llegue el calor».